



Mariátegui ante la muerte de Ingenieros: Apropiación simbólica y construcción de un paradigma intelectual

Martín Castilla*

Mi propuesta retoma un recaudo metodológico que Carlos Altamirano (2002, 2007 y 2008) enuncia en varios de sus trabajos sobre la cuestión de los intelectuales, que consiste en situar la problemática del intelectual en contextos históricos y en realidades locales particulares, evitando así posibles sesgos homogeneizantes producto de la generalización de casos elevados al rango de modelos (el más frecuente es el del intelectual “a la francesa”). Siguiendo ese lineamiento, me propongo analizar algunos aspectos de las disputas sobre las concepciones del intelectual que se despliegan en el Perú de los años veinte. Como disparador del análisis, tomaré la construcción de la representación del intelectual que despliega José Carlos Mariátegui en el artículo denominado “José Ingenieros”, escrito en carácter de homenaje ante la muerte del pensador argentino, y aún no abordado por la crítica. Como señala Pita (2009), la muerte de Ingenieros suscita un gran despliegue de operaciones de apropiación simbólica de su figura por parte de intelectuales argentinos y latinoamericanos. Mariátegui intentará, a partir de un singular y estratégico recorte de la trayectoria y rasgos del intelectual argentino, apropiarse de su figura para conectarla con la tradición que él está inventando, junto a otros jóvenes peruanos: la vanguardia estético-política, a la que se asocia un modelo de intelectual revolucionario que es a la vez agente de acción cultural y de acción política.

Como afirma Martín Bergel (2010), a quien sigo de cerca en este trabajo, para el caso de los jóvenes apristas (entre los que, por cierto, incluye a Mariátegui antes de la ruptura con Haya de la Torre y la configuración populista del aprismo), hay una voluntad de cortar con un paradigma intelectual que había sido muy influyente en toda América Latina desde principios del siglo XIX hasta entrado el siglo XX y que tiene como eje al intelectual modernista, vinculado a la “cultura reformista-iluminista” apuntalada en los años veinte por intelectuales de las metrópolis culturales como Romain Rolland y el grupo *Clarté*, y a nivel local por los “maestros de la juventud” como Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, José Enrique Rodó y el propio Ingenieros (Bergel, 2010: 322). Dicho modelo permanecía activo no sólo en la “generación del 900” o “generación arielista” de José de la Riva Agüero y Francisco García Calderón, sino también en sectores de la “nueva generación” peruana.

Mariátegui y sus congéneres más radicalizados, buscaban deliberadamente trascender el rol de letrados o educadores del pueblo, enfatizando una concepción del intelectual que debe tener necesariamente entre sus cualidades la de ser un hombre de acción, un organizador político, un revolucionario. No obstante, esa faz revolucionaria no pretendía anular las cualidades contenidas en el modelo anterior, sino por el contrario, complementarlas. De allí que Bergel hable de la “doble legitimidad” que sostiene a este emergente paradigma de intelectual: “la de portadores del saber y ejercitantes de prácticas específicamente intelectuales (esencialmente la escritura y el dictado de conferencias), y la de ‘hombres en marcha’, incansantes organizadores y propagandistas de la doctrina que impulsan” (Bergel, 2010: 322). A este tipo de práctica dual se refiere Jorge Schwartz (2002) cuando caracteriza la praxis de Mariátegui como una “militancia bifronte”, estética y política al mismo tiempo (en la misma línea Beigel, 2003; 2006).

* * *

Antes de comenzar el análisis propuesto, haré una breve referencia al proceso de emergencia de los intelectuales en América Latina, poniendo una particular atención a su primera configuración denominada alternativamente “intelectual modernista” (Ramos, 1989), “hombre de letras” (Altamirano, 2008), “escritor artista” (Halperín, 1987), y que en el contexto peruano de los años veinte suele ser referido con el término “arielista”. El interés por contar con una descripción de este tipo de intelectual reside en que el nuevo modelo de intelectual presentado por Mariátegui intentará operar sobre aquel, señalando sus límites y marcando elementos asimilables que, complementados con una prescripción sobre la necesidad de volcarse a la acción política, configuran el nuevo modelo de intelectual “revolucionario”.

Hacia el último cuarto del siglo XIX se sacuden los sistemas de autorización de la “república de las letras” y entra en crisis su sistema cultural. Este estaba marcado por una relación entre la literatura y lo político (entendido como esfera burocrática y legal del Estado, y como práctica estatal) en la que la primera proyectaba, autorizándose en una concepción positivista de la “razón”, “los modelos de comportamiento, las normas necesarias para la invención de la ciudadanía, los límites y las fronteras simbólicas, el mapa

* IDIHCS-UNLP-CONICET

imaginario, en fin, de los estados en vías de consolidación” (Ramos, 1989: 8). La figura central de ese sistema cultural era la del *letrado* quien, a decir de Ángel Rama (1984), formaba parte del sistema de poder y cumplía la función ideológica fundamental de producir discursos de legitimación del orden social capaces de apuntalar la dominación del mundo popular. Para Rama, el letrado formó parte del sistema de poder desde la Colonia, conservando su preeminencia social gracias al mantenimiento del monopolio de la escritura, que reivindicaba como un factor de distinción social y que sustentaba una permanente tendencia aristocrática.

A diferencia de Rama, quien considera que el escritor finisecular seguía siendo un intelectual *orgánico* del poder, Julio Ramos ve en el surgimiento del intelectual modernista la punta del *iceberg* del proceso de emergencia de una autoridad y un lugar de enunciación específicamente literarios. Montados en la crisis de la fe en la razón y en la reacción antipositivista que se vive en el pasaje entre los siglos XIX y XX, este sujeto emergente se sustenta en la consideración de que es el arte y la práctica estética (y ya no la razón y la práctica letrada) lo que le confiere probidad y autoridad en la comprensión privilegiada de los problemas sociales y del proceso histórico. Como afirma Oscar Terán (2008: 155), lo que opera en estos nuevos sujetos es “la idea de que el arte [...] es portador de una verdad diferente, e incluso superior a la verdad del discurso racional o científico: la verdad de la fantasía o la imaginación, que persigue el ideal de belleza”. Ramos considera a estos escritores finiseculares como los primeros intelectuales modernos de América Latina, dado que sus prácticas “comenzaban a constituirse *fuera* de la política y frecuentemente opuestas al Estado, que había ya racionalizado y autonomizado su territorio socio-discursivo” a través de la conformación de una moderna burocracia. Este proceso marca un cambio radical en la relación entre el intelectual, el poder y la política, delimitando un campo que se diferencia del campo letrado (Ramos, 1989: 62-72).¹

Sin embargo, Ramos considera que la literatura no contó con las bases institucionales que podrían haber garantizado una radical autonomía, dado el carácter dependiente y desigual de la modernización en el continente. Esto provoca para Ramos una “dialéctica entre la tendencia a la autonomización y los imperativos ético-políticos” (1989: 69), tensión persistente que incidirá en la “heterogeneidad formal y funcional de la literatura en América Latina [que] se caracteriza por pugnas entre autoridades emergentes, o a veces residuales, pero siempre irreducibles a la homogeneidad discursiva y funcional que define los campos de autoridad recortados por la racionalización moderna” (Ramos, 1989:

80). De hecho, una de las hipótesis fuertes del trabajo de Ramos es que la autonomía de lo estético funciona, por el contrario, como condición de posibilidad de una repolitización del intelectual, pero ahora, a diferencia del letrado de mediados del siglo XIX, en la crítica a lo político (estatal). Este hecho abre la posibilidad de establecer, en virtud de ese lugar descentrado, alianzas y afiliaciones en los márgenes de la cultura dominante, visibles en la emergencia tanto del antiimperialismo latinoamericanista de Rodó, como en las apuestas más radicales de alianza con lo subalterno de Martí o González Prada (Ramos, 1989: 70-74).

Ahora bien, a pesar del carácter heterogéneo, desigual, incompleto del proceso real de autonomización —que llevó a estos intelectuales a participar activamente de la polémica en torno a la definición de la identidad nacional y continental, desempeñando de hecho una función pública que articulaba mensajes políticos y disputas de poder (Terán, 2008: 158-161)—, la “voluntad de autonomía”, es decir el intento por lograr un lugar de enunciación propio, por construir una nueva identidad social, operó en el plano de las representaciones y los imaginarios sociales como una tendencia efectiva dentro del campo intelectual finisecular (Ramos, 1989: 80). A partir de esta tendencia se configuró una modulación específica sobre la práctica intelectual y sobre el deber ser de los intelectuales, asociada a la ideología del cultivo del “arte por el arte”, a la búsqueda del *ideal* de belleza como brújula, al desarrollo de lo espiritual por sobre lo material y en oposición a lo útil, al rechazo de lo social y lo político considerado como convencional y mediocre, al refugio en la “torre de marfil”, propensa a alimentar un *elitismo esteticista* que encuentra una de sus representaciones modélicas en algunas áreas de la ficción (y la función) pedagógica del *Ariel* de Rodó (Terán, 2008: 158-161).² Esta particular representación del intelectual modernista —que prescribe un tipo de práctica intelectual distanciada de la acción específicamente política de organización, movilización, ideologización de fuerzas sociales— operó con fuerza en la constitución de la “juventud” latinoamericana como actor social, desde fines del siglo XIX (y seguirá gravitando con fuerza sobre el campo intelectual de los años veinte, en América Latina en general y en el caso particular de Perú —que aquí nos interesa especialmente—, a pesar de los cambios sociales y culturales que sustentan la emergencia de nuevos sujetos, portadores de otros modelos y prácticas intelectuales).

En el caso de Perú, tal como afirman Deustúa y Rénique (1984), desde principios de siglo, y más intensamente hacia la década de

¹ Este cambio en las relaciones entre intelectuales, poder y política también es reconocido por Halperin Donghi (1987), quien, no obstante, afirma que, dado que los “escritores artistas” asumían su actividad bajo el signo de una separación y superioridad de destino apoyada en la participación en un mundo distinto y más alto que el de otros campos de la actividad social, esto es, el mundo de las ideas, concebido como un orden de vigencia sólo ideal, declaradamente independiente e implícitamente rival del que gobierna la sociedad de la que forma parte, los intelectuales son “herederos en un mundo secularizado, de un poder espiritual” (1987: 49) y, en ese sentido, “el intelectual nace —en nacimiento doloroso y conflictivo— del letrado colonial” (1987:55).

² Considero necesario remarcar que no estoy hablando aquí de *prácticas* que se le puedan atribuir a Rodó (en cuyos ensayos podemos encontrar una clara presencia de preocupaciones políticas, como, por nombrar sólo una, la formación y guía de las “multitudes” para conjurar lo que considera un peligroso avance de las democracias en el continente), y ni siquiera a los propios intelectuales “arielistas” peruanos. Lo que describo es una *representación* normativa de la práctica intelectual construida a partir de lecturas parciales de la obra de Rodó y de los discursos del modernismo en general —convergentes en ocasiones con la prédica del “artepurismo”— que, como veremos, el propio Mariátegui señalará para luego combatir.

1920, se produce una extraordinaria expansión de la esfera educativa y cultural. Si bien la educación primaria se expande de manera relativamente homogénea, junto con la matrícula y la población de maestros, tanto en Lima como en las regiones del interior los ámbitos de educación secundaria y universitaria son muy escasos y frecuentemente muy caros. En la mayoría de los casos, sólo las personas de clase media y alta acceden a los niveles superiores de educación; es por ello que muchos de los nuevos intelectuales asumen vías alternativas de educación y aprendizaje cultural, como el autodidactismo y el periodismo de ideas. Por otro lado, aunque pudieran afrontar los gastos, los provincianos deben migrar permanentemente a las capitales departamentales —frecuentemente, a Lima— para poder acceder a la Universidad. Las presiones por el acceso a la educación universitaria y la democratización de esa institución, llevadas adelante por el movimiento de la Reforma, dan cuenta de la presión que estos nuevos sectores ejercen sobre las instituciones del Estado oligárquico. La experiencia de la migración, tal como lo señala Raymond Williams (2002) para el caso del modernismo y las vanguardias europeas, es un importante factor de relajación de las prácticas intelectuales tradicionales y del surgimiento de perspectivas críticas y rupturistas. Simultáneamente, el predominio en 1900 de las profesiones liberales y literarias, típicas del letrado tradicional, se equilibra ahora con el desarrollo de instituciones y disciplinas técnicas (como la ingeniería y la agronomía), de las ciencias sociales (como la sociología y la antropología) y de todas las áreas del arte y la cultura en las que irrumpen las vanguardias estéticas. Sin embargo, todavía persiste una baja especialización del trabajo intelectual, por lo que muchos de los nuevos intelectuales combinan varias especialidades y múltiples pertenencias disciplinares. En estos años se da un *boom* de publicaciones de libros y revistas especializadas dedicadas en su mayoría a abordar directamente los problemas del país. Correlativamente a estos emprendimientos, surgen muchos grupos intelectuales de redactores, colaboradores y promotores culturales. Otro dato relacionado con este proceso es la masificación del público lector, empujado por el crecimiento de la tasa de alfabetización.

Como afirma Fernanda Beigel (2003, 2006), estos cambios posibilitan que hacia 1923, en consonancia con los procesos de la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa y, fundamentalmente, el movimiento de la Reforma Universitaria que en Perú tuvo un fuerte crecimiento y un importante grado de radicalidad, surja, en el campo intelectual peruano, la “nueva generación”. Este nuevo sujeto colectivo que empieza a conformarse en oposición al régimen de Augusto Leguía y que comparte un “gesto semejante en contra del orden oligárquico” (Beigel, 2003: 34) es, no obstante, profundamente heterogéneo, y contiene en su interior proyectos de diferentes grados de radicalidad. En él confluyen actores que adhieren a “los ideales clarteanos, la herencia gonzález-pradista, el juvenilismo rodoniano, el marxismo y el antiimperialismo”. Convergen las vertientes tanto estética como política de las vanguardias latinoamericanas de la época (Beigel, 2006: 143). Esta tensión constitutiva de la “nueva generación” tiene su momento de mayor intensidad en el período comprendido entre los años 1923 y 1928, lustro en el cual se desarrolla un “proceso de defi-

niciones programáticas e ideológicas” (Beigel, 2006: 29), a través de intensos debates que tienen lugar sobre todo en las revistas de la época, que funcionan como ámbito privilegiado de sociabilidad intelectual.

Para Beigel, “el proyecto mariáteguiano cabalga sobre el proceso de definiciones ideológicas de la ‘nueva generación’”. Mi hipótesis de trabajo es que Mariátegui va a operar insistentemente sobre este nuevo sujeto para traccionarlo ideológicamente hacia ese modelo de intelectual revolucionario, o también, de intelectual vanguardista estético-político; esto es, capaz de combinar la acción cultural y la acción política, con el objetivo de lograr una transformación radical —revolucionaria— de la sociedad. Para ello, Mariátegui buscará, paralelamente, bloquear elementos residuales del modernismo asociados con la postulación normativa sobre cierto carácter apolítico o antipolítico de la práctica intelectual, cristalizado en las representaciones del intelectual modernista que describimos anteriormente, vinculada a los sectores ligados al “juvenilismo arielista”, típico de principios de siglo XX, cuyo programa elitista parece resistir la radicalización operada por la Reforma, permaneciendo en la crítica a la impermeabilidad de la sociedad oligárquica a las nuevas elites del conocimiento, en la crítica iconoclasta anti-academicista, o en una posición reformista que no exceda los límites del claustro universitario (Beigel, 2006). Sin embargo, el quiebre buscado por Mariátegui no implicará una ruptura con la faceta estética o cultural presente en ese modelo, sino más bien con el sesgo “artepurista” o con la “fuga esteticista”. Por el contrario, Mariátegui buscará complementar la faz estética/cultural con la dimensión política, delineando una militancia y un tipo de intelectual “bifronte”. Del mismo modo creo, como sugiere Néstor Kohan (2000: 98), que lejos de buscar una exclusión de los sectores arielistas, Mariátegui intentará, por diferentes vías y desplegando diferentes estrategias —entre las que se destaca una refuncionalización de la noción de “ideal”—, conducir a los arielistas hacia las posiciones socialistas.

* * *

Luego de esta breve presentación de algunos aspectos relativos a la emergencia del intelectual moderno en el continente y sus diferentes modalidades, así como a las luchas representacionales por la definición del deber ser del intelectual en los años veinte peruanos, intentaré dar cuenta de una de las estrategias a partir de las cuales Mariátegui busca balizar el tránsito de los sujetos de la “nueva generación” hacia la adhesión a un modelo de intelectual revolucionario que combina la acción cultural —científica, artística (vanguardista)— con la acción política. En este caso, se trata de una apropiación creativa de la figura de José Ingenieros que lo conecta con la tradición que Mariátegui está inventando, junto a otros congéneres, mientras que, simultáneamente, demarca los elementos que resultan inasimilables para ese nuevo paradigma. Me centraré en el texto “José Ingenieros”, publicado en la revista limeña **Variedades** el 7 de noviembre de 1925, con motivo de la muerte del intelectual argentino, y reproducido luego en San José de Costa Rica por la revista **Repertorio Americano**, el 25 de enero de 1926.

Mariátegui se lanza a la batalla de apropiación simbólica que suscita la muerte de Ingenieros, cuando la “vieja” y la “nueva generación”, en sus diferentes vertientes, se apresuran por presentar sus propias imágenes del intelectual argentino. Como afirma Alexandra Pita (2009), en esa batalla simbólica, donde lo que se disputa es la caracterización y los atributos que se le asignan a Ingenieros — en los que se recortan los propios enunciadores—, los diferentes actores del campo intelectual latinoamericano buscan autorizar sus posiciones teóricas y políticas al señalarse como legítimos herederos, continuadores o inclusive superadores de esa prestigiosa figura.

Un primer punto a señalar es el recorte que hace Mariátegui de la trayectoria intelectual de Ingenieros. Mucho se ha escrito sobre la compleja trayectoria vital de Ingenieros en la que son frecuentes las reformulaciones y los cambios de perspectivas teóricas y posiciones políticas.³ Alexandra Pita y Paula Bruno (2010), a través de una exhaustiva revisión de textos críticos que abordan esta cuestión, señalan al menos seis estaciones en la trayectoria del intelectual argentino. En la primera, que comprende su producción en la década de 1890, encontramos un Ingenieros en el que se entrecruza una matriz “científico darwiniana” con ideas provenientes de ideologías contestatarias (socialistas y anarquistas), cuya preocupación principal gira en torno de la cuestión social. Militante socialista, aunque sostiene una posición más radical que la reformista-parlamentarista del partido, se lo ha encuadrado en la “figura del intelectual ‘rebelde’ agrupado en torno a una práctica bohemia y modernista” (Pita y Bruno, 2010: 193-194). Luego, hacia fines de siglo XIX, se opera una nueva transición. En ese momento Ingenieros abandona su carácter de francotirador, panfletista y político para convertirse en “hombre de ciencia” que adscribe con fuerza al paradigma positivista (desde disciplinas que él mismo funda, como la psiquiatría y la criminología) e intenta buscar las leyes que le permitan resolver la “cuestión nacional” en la Argentina; esto es, construir una nación moderna, integrada al mercado y a la cultura capitalistas, como garantía de evolución pacífica hacia formas elevadas de progreso. Durante esta segunda etapa (1897-1910) rompe definitivamente con el Partido Socialista y se vincula con instituciones estatales como la Universidad, la Dirección Nacional de Higiene y la jefatura de clínica del Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires. La tercera estación (1911-1914) está marcada por el enfrentamiento con el presidente Roque Sáenz Peña, quien le habría negado la posibilidad de acceder al cargo de titular de la cátedra de Medicina Legal de la Universidad de Buenos Aires (UBA), hecho que motiva la desvinculación de Ingenieros de todas las instituciones estatales y su autoexilio a Europa. En este período publica **El hombre mediocre** (1913), ensayo de gran resonancia continental —comparable con el **Ariel** de Rodó— donde se observa un deslizamiento hacia inquietudes filosóficas en el que emergen incrustaciones espiritualistas que, no sin tensiones con la veta positivista biologicista que continúa activa, llevarán hacia el centro de su pensamiento la noción de “ideal”. Junto con la postulación —

que atraviesa todo su pensamiento, pero se acentúa a partir de este período— de que las minorías cultas deben cumplir el rol de guías de las sociedades modernas (y no los políticos profesionales, pero tampoco, tal como lo demuestra su rechazo de la Ley Sáenz Peña, las “mediocracias” inmaduras para el ejercicio de la democracia), dan lugar a un elitismo aristocratizante y, por momentos, antidemocrático. Entre 1914 y 1917 se delimita un cuarto momento, marcado por las reflexiones sobre la Primera Guerra Mundial, aunque continúa pensando la “cuestión nacional”. En esta etapa funda la **Revista de Filosofía** y encara la publicación de la colección “La cultura argentina”, donde en más de cien volúmenes intenta hacer un muestreo de lo más destacado del pensamiento argentino. La Gran Guerra produce un efecto de distanciamiento de las lecturas europeas y de Europa como horizonte de desarrollo ejemplar para América Latina. Hacia 1917, la Revolución Rusa marca un nuevo momento en la perspectiva teórica de Ingenieros, que se vuelca con mucha inmediatez a pensar el fenómeno revolucionario en una serie de textos luego reunidos en **Los tiempos nuevos** (1925). Este libro, junto con otros como **Hacia una moral sin dogmas** (1917) y **Las fuerzas morales** (1918), enmarca esta etapa. Finalmente, desde 1918 hasta su muerte (en 1925) se delimita una última estación en la que el sacudimiento de las estructuras educativas, producido por la Reforma Universitaria (junto con el que produjo, en todo el orden conservador, el ascenso de la Unión Cívica Radical (UCR) al gobierno) reordena una vez más las posiciones teóricas del intelectual argentino. Combina entonces sus postulaciones sobre la necesidad de un rol preponderante de las minorías ilustradas en la dirección de la sociedad, con algunos elementos deudores de la teoría de las generaciones, de lo que resulta un enlazamiento entre elitismo y juvenilismo que logra una fuerte resonancia sobre el movimiento de la Reforma Universitaria, que lo postulará como autoridad moral y “maestro”. Al mismo tiempo, Ingenieros desarrolla en esta etapa un perfil de intelectual latinoamericanista, posición que toma un cariz antiimperialista cuando reivindica a América Latina como región cultural y política que, si logra unificarse, podría resistir la intervención de Estados Unidos en la región. Ingenieros busca expandir estas ideas durante los últimos años de su vida a través de la publicación del **Boletín Renovación** y la fundación de la Unión Latino Americana, emprendimientos en los que se vincula con importantes referentes del movimiento reformista.

En su necrológica, Mariátegui rescata sobre todo los últimos dos momentos de la trayectoria intelectual de Ingenieros; es decir, las actividades y reflexiones que comprenden el período que comienza con la Posguerra. De esa etapa especialmente el peruano destaca la vinculación con el movimiento de la Reforma Universitaria, la recepción y la evaluación de los sucesos de la Revolución Rusa, y finalmente la actividad latinoamericanista y antiimperialista del intelectual argentino. En este sentido, se hace evidente que obtura completamente la etapa científico-positivista, apenas mencionada como un período de “formación intelectual” al que, como veremos, le atribuye limitaciones permanentes. Del mismo modo, no aparece en el recorte el momento signado por la publicación de **El hombre mediocre** —ausencia que es solidaria de un silenciamiento casi total de toda la veta elitista y aristocratizante del

³ Para un abordaje de la trayectoria intelectual de José Ingenieros, se puede consultar el texto clásico de Oscar Terán (1987).



pensamiento de Ingenieros—. Tampoco recupera el Ingenieros francotirador socialista del período de **La montaña**, quizás por su proximidad con el Partido Socialista Argentino, vinculado en los años veinte a posiciones socialdemócratas.

Entrando ya en el análisis del texto, encontramos que Mariátegui señala a Ingenieros como uno de los “más altos maestros” del continente, resaltando así la cercanía con el movimiento de la Reforma Universitaria. Es interesante la concepción de “maestro” que despliega Mariátegui, ya que allí se condensan la característica fundamental del intelectual revolucionario (que será proyectada una y otra vez sobre esa figura): la combinación de la legitimidad del saber con otra ligada a la acción sobre su realidad inmediata, a ser “un hombre de su tiempo”. Esa conjunción define el carácter de “maestro”, mientras que la ausencia de esta segunda fuente de autoridad lo relegaría al lugar negativamente connotado del “catedrático”, el “hombre de ciencia”, el “académico”, el “profesor” o el “sabio” (figuras que, por cierto, son centrales en la ficción pedagógica del **Ariel**): “Ingenieros supo ser, además de un hombre de ciencia un hombre de su tiempo. No se contentó con ser un catedrático ilustre; quiso ser un maestro. Esto es lo que hace más respetable y admirable su figura” (Mariátegui, 1994: 441; cursivas mías).

Posicionado en una sensibilidad antiburguesa y vitalista, Mariátegui connota negativamente las figuras legitimadas únicamente por el saber. Cuando aparecen reñidas con la acción, les atribuye signos de decadencia, asociándolas a la vejez, el agotamiento, la decrepitud, la rutina, la domesticidad, la servidumbre y también el conformismo y la comodidad que se atribuye a lo “burgués”:

Las ciencias y las letras, están aún, en el mundo, demasiado domesticadas por el poder. El sabio, el profesor, muestran generalmente, sobre todo en su vejez, un alma burocrática. Los honores, los títulos, las medallas, los convierten en humildes funcionarios del orden establecido. Otros secretamente repudian y desdeñan sus instituciones; pero, en público, aceptan sin protesta la servidumbre que se les impone. La ciencia tiene como siempre un valor revolucionario, pero los hombres de ciencia no. Como hombres, como individuos, se conforman con adquirir valor académico. Parece que en su trabajo científico agotan su energía. No les queda ya aptitud para concebir o sentir la necesidad de otras renovaciones, extrañas a su estudio y a su disciplina. El deseo de comodidad, en todo caso, opera de un modo demasiado enérgico sobre su conciencia (Mariátegui, 1994: 441).

Como se observa en el párrafo anterior, Mariátegui no ataca a la ciencia, sino más bien al ejercicio de la ciencia en un ámbito aislado del mundo. Valora la ciencia cuando trasciende el ámbito cerrado de lo meramente académico, del estudio y de las disciplinas científicas para conectarse con el presente (“su tiempo”, “su época”). Cuando se asocia a fines renovadores —esto es, cuando se orienta hacia el cambio social—, la ciencia tiene “siempre un valor revolucionario”. En la crítica al despliegue de la actividad científica, de las letras, del saber en general, en un espacio

cerrado y desvinculado del contexto social, podemos suponer un ataque a las prácticas reformistas que no van más allá del ámbito universitario. Recordemos que una de las premisas más radicales del movimiento reformista iniciado en Córdoba en 1918 es trascender la esfera propiamente universitaria para fundirse con los sectores sociales subalternos, y que Mariátegui, junto con muchos de sus congéneres, adopta en este sentido una postura radical, observable en el desarrollo del proyecto de la Universidad Popular González Prada. Al mismo tiempo, el énfasis contra el repliegue del contexto opera como una negativización de ese espacio simbólico construido por el modernismo, ese lugar de aislamiento del yo modernista frecuentemente representado por la “torre de marfil”. De ahí que Mariátegui intente mostrar siempre los vínculos de Ingenieros con el “afuera” de ese espacio (“supo ser un hombre de su tiempo”, sensible a la emoción de su época), separándolo de un modelo de “intelectual lírico” o estrictamente científico. Esa legitimidad sustentada en el vínculo con el contexto social que Mariátegui despliega sobre Ingenieros no pretende borrar la legitimidad otorgada por el saber sino que, por el contrario, pretende complementarla: “Ingenieros supo ser, además de un hombre de ciencia un hombre de su tiempo”.

Y si Ingenieros no es para Mariátegui estrictamente un hombre de acción política, en su representación aquel aparece vinculándose a la política a través de la ciencia, avalando y animando este tipo de práctica, ya que lo presenta “consciente de la función revolucionaria del pensamiento” y de que “la ciencia... tenía la misión y el deber de servir al progreso social”, esto es, en la particular resemantización que Mariátegui parece hacer de la noción de progreso, que la ciencia debe estar asociada a fines sociales, de transformación del orden social.

Ingenieros no se entregaba a la política. Seguía siendo un hombre de estudio, un hombre de cátedra. Pero no tenía por la política entendida como conflicto de ideas y de intereses sociales, el desdén absurdo que sienten o simulan otros intelectuales, demasiado pálidos para asumir la responsabilidad de una fe y hasta de una opinión (Mariátegui, 1994: 442)

En este párrafo encuentro, nuevamente, una prescripción sobre la relación entre intelectuales y política, que vuelve a apuntar en un sentido de complementariedad entre esas dos esferas. Si en el primer párrafo citado Mariátegui advertía sobre la connivencia de “las ciencias y las letras con el poder” y en la negativa referencia a intelectuales que se convierten en “funcionarios del orden establecido” (y en oposición a ello caracteriza a Ingenieros como un “intelectual libre” —Mariátegui, 1994: 441—), prescribiendo una necesidad de disyunción entre los intelectuales y lo político-estatal, en este último valora la conjunción entre la labor científica de Ingenieros y la toma de posición respecto de la política “entendida como conflicto de ideas e intereses”. En las antípodas coloca a los intelectuales “pálidos” en los que se vuelve a recortar el intelectual modernista/arielista como figura negativa, decadente, que invita a abandonar.

Estas consideraciones dan paso a una valoración de Ingenieros

por haber aplicado el conocimiento científico a la dilucidación de hechos sociales y políticos recientes, sobre todo “al estudio de los hechos y las ideas de la crisis política contemporánea y, particularmente, a la explicación del fenómeno revolucionario” (Mariátegui, 1994: 442). De hecho, según la organización del relato de Mariátegui, cuando Ingenieros aplica la ciencia al estudio del período de posguerra y de la Revolución Rusa, llega a una suerte de revelación: Ingenieros comprende la inevitabilidad de una revolución proletaria de carácter mundial, estableciendo una posición política afín a ello:

Ingenieros percibió que la guerra abría una crisis que no se podía resolver con viejas recetas. Comprendió que la reconstrucción social no podía ser obra de la burguesía sino del proletariado. En un instante en que egregios y robustos hombres de ciencia no acertaban sino a balbucear su incertidumbre, José Ingenieros acertó a ver y hablar claro. Su libro **Los Nuevos Tiempos** [sic] es un documento que honra a la inteligencia ibero-americana.../ En la revolución rusa, la mirada sagaz de Ingenieros vio, desde el primer momento, el principio de una transformación mundial (Mariátegui, 1994: 442)

De este modo Mariátegui muestra un Ingenieros en el que la combinación de ciencia y política lo pone *en tránsito* hacia convicciones revolucionarias y en el marco de un horizonte socialista, viniendo a superar defectos que atribuye a su primera formación intelectual, “demasiado fiel al racionalismo y al criticismo de esa época de plenitud del orden demo liberal [que] son adversos al *pathos* de la revolución” (Mariátegui, 1994: 442). Esta operación discursiva de apropiación simbólica de ciertas figuras, presentándolas como sujetos *en tránsito* o *en transición* por la comprensión de la verdad o el sentimiento del socialismo, puede observarse también en otros textos de Mariátegui.⁴ Ese *tránsito* hacia posiciones radicalizadas, que opera en Ingenieros por la vinculación entre ciencia y política, lo lleva, en la narración de Mariátegui, a superar el racionalismo y el criticismo, para acercarse al sentimiento de los jóvenes, a alentar su “fe” —esto es, según Mariátegui, la creencia en la revolución proletaria mundial que mencionamos antes— estimulándolos, clarificando su conciencia, fortaleciendo “su voluntad y su anhelo de renovación”. En este punto del relato, Mariátegui va a desplegar una operación simbólica sorprendente: va a presentar, a través de una cita compuesta de subtítulos y fragmentos cortados y pegados de **Las fuerzas morales**, un Ingenieros vitalista, casi soreliano, que postula que el pensamiento y la producción de ideales deben estar subordinados a la generación de acciones sociales:

[Ingenieros] no desalentó nunca el impulso ni la fe de los jóvenes —llamados a crear una cultura nueva— con reflexiones escépticas. Por el contrario, los estimuló y fortaleció siempre con palabra enérgica. Como verdadero maestro, como altísimo guía, lo presentan y lo definen estos conceptos: ‘Entusiasta y osada ha de ser la juventud: sin entusiasmo no se sirven hermosos ideales, sin osadía no se acometen honrosas empresas. Un joven sin entusiasmo es un cadáver que anda; está muerto en vida, para sí mismo y para la sociedad. Por eso un entusiasta, expuesto a equivocarse, es preferible a un indeciso que no se equivoca nunca. El primero puede acertar, el segundo no podrá hacerlo jamás. La juventud termina cuando se acaba el entusiasmo... La inercia frente a la vida es cobardía. No basta en la vida pensar un ideal; hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización... El pensamiento vale por la acción social que permite desarrollar’ (Mariátegui, 1994: 442).

En este beligerante fragmento, volvemos a encontrar el énfasis en esa disposición vital que caracteriza al intelectual revolucionario y que lo configura como un sujeto de acción. Pero además, Mariátegui pone en boca de Ingenieros una afirmación sobre la necesidad de que los discursos y las ideas cumplan una función performativa (“el pensamiento vale por la acción social que permite desarrollar”) muy cercana a la propuesta sobre la “perentoria necesidad de un mito y una fe que mueva a los hombres [hacia la revolución social]” que Mariátegui formuló en dos artículos de comienzos de 1925 (“El hombre y el mito”) y “Dos concepciones de la vida”), y que ha sido considerada como una de las características nodales de su marxismo “heterodoxo” (Mariátegui, 1994: 497). Por añadidura, en el recorte que hace de **Las fuerzas morales**, se evita hacer cualquier mención a las prescripciones elitistas sobre el rol de las minorías ilustradas, tópico muy recurrente en la matriz intelectual modernista/arielista y que juega un papel clave en los ensayos de Ingenieros, aún en sus últimos años.

Finalmente, sobre el cierre del texto, Mariátegui destaca el rol que Ingenieros tuvo tanto en la concepción como en la propagandización de la ideología latinoamericanista vinculada a la Unión Latino Americana y el **Boletín Renovación**, aunque no hace mención del antiimperialismo. Además de dicha publicación, el intelectual peruano se refiere a la **Revista de Filosofía**, valorando positivamente la función propagandística que dicha praxis editorialista comporta, y que él mismo se lanzará a desarrollar al año siguiente con la publicación de **Amauta**. Como señala Bergel (2010), la función propagandística y la agitación política son acciones político-culturales valoradas por el nuevo paradigma en construcción del intelectual revolucionario, en tanto se orientan a producir un saldo organizativo para la revolución.

En el desarrollo de este trabajo se ha dado cuenta de la tensión entre dos paradigmas intelectuales que atraviesa el campo intelectual peruano de los años veinte: el del intelectual modernista/arielista y el del intelectual revolucionario. Esta puja afecta sobre todo al heterogéneo conjunto de jóvenes intelectuales

⁴ Por ejemplo, ante el asesinato de Edwin Elmore por José Santos Chocano en 1925, Mariátegui escribe un homenaje donde afirma: “La gran jornada del 23 de Mayo le descubrió al proletariado. Elmore empezó entonces a comprender a la masa. Empezó entonces a percibir en su oscuro seno la llama de un ideal verdaderamente grande. Sintió que el proletariado, además de ser una fuerza material, es también una fuerza espiritual” (Mariátegui, 1994: 313). Del mismo modo, en el “Prólogo” a **Tempestad en los Andes** (1927) de Luis Valcárcel, Mariátegui afirma que este “resuelve políticamente su indigenismo en socialismo” dislocando los discursos y representaciones producidos por el indigenista cusqueño (Castilla, 2010).



englobados bajo en nombre de “nueva generación”, en la que conviven sectores reformistas moderados vinculados al “juvenilismo arielista” propio de entresiglos, y sectores en proceso de radicalización política.

Vimos cómo, en ese contexto y con el fin de capitalizar su legitimidad, Mariátegui proyecta en la representación de Ingenieros que construye las cualidades que considera propias del intelectual revolucionario; esto es, sintéticamente, la combinación de acción cultural y acción política transformadora (o al menos, la voluntad de orientar su práctica intelectual hacia el ámbito de lo político). Para lograrlo, manipula selectivamente algunos momentos de la trayectoria del intelectual argentino y ocluye áreas enteras de su pensamiento. Entre estas operaciones simbólicas se destaca el silenciamiento del elitismo insistente, incómodo para la nueva intelectualidad que tenía como horizonte una alianza con el proletariado entendido como el verdadero sujeto transformador de la historia. En las antípodas de esa prescripción se recorta toda práctica intelectual (científica, artística) que se desarrolle al margen o a espaldas de la realidad social y política, postulado que se asocia al proceder del intelectual modernista/arielista.

Bajo la lógica de conjunción entre acción cultural y acción política, Mariátegui busca delinear una militancia bifronte que, más que excluir a los intelectuales filiados con el modelo modernista/arielista, parece formular una invitación a bajar de la “torre de marfil” para aplicar la práctica intelectual (científica y/o artística) a la transformación revolucionaria de la sociedad, transitando el camino de la radicalización política.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos (2007), **Intelectuales. Notas de investigación**, Bogotá, Norma.
- (coord.) (2002), “Intelectuales” en **Términos críticos de sociología de la cultura**, Buenos Aires, Paidós.
- (dir.) (2008), “Introducción” en **Historia de los intelectuales en América Latina**, T1, Buenos Aires, Katz.
- Beigel, Fernanda (2003), **El itinerario y la brújula: El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui**, Buenos Aires, Biblos.
- (2006), **La epopeya de una generación y una revista**, Buenos Aires, Biblos.
- Bergel, Martín (2010), “La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura vitalista en los orígenes del APRA peruano (1921-1930)” en Altamirano, Carlos (dir.) **Historia de los intelectuales en América Latina**, TII, Buenos Aires, Katz.
- Bourdieu, Pierre (2000), **Intelectuales, política y poder**, Buenos Aires, Eudeba.
- Castilla, Martín (2010), “Un indigenismo contradictorio. Luis Valcárcel y **Tempestad en los Andes**” en Mailhe, Alejandra (comp.). **Pensar al otro/ pensar la nación**, La Plata, Al Margen.
- Deustua, José y Rénique, José Luis (1984). **Indigenismo y descentralismo en el Perú, 1897-1931**, Cusco, Centro de estudios rurales y andinos Bartolomé de las Casas.
- Halperín Donghi, Tulio (1987), “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica” en **El espejo de la historia**, Buenos Aires, Sudamericana.
- Kohan, Néstor (2000), **De Ingenieros al Che**, Buenos Aires, Biblos.
- Mariátegui, José Carlos (1994), **Mariátegui total**, Lima, Amauta.
- Pita, Alexandra (2009), **La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación**, México, El Colegio de México.
- Pita, Alexandra y Bruno, Paula (2010). “Definiendo su propia emoción. Una lectura de **El hombre mediocre** de José Ingenieros” en Weinberg, Liliana (coord.) **Estrategias del pensar**, México, UNAM.
- Rama, Angel (1984), **La ciudad letrada**, Montevideo, FIAR.
- Ramos, Julio (1989), **Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX**, México, FCE.
- Schwartz, Jorge (2002), “Introducción” a **Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos**, México, FCE.
- Tarcus, Horacio (2007), **Marx en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Terán (2008), **Historia de las ideas en la argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Williams, Raymond (2002), **La política del modernismo**, Buenos Aires, Manantial.

José Ingenieros

Nuestra América ha perdido a uno de sus más altos maestros. José Ingenieros era en el Continente uno de los mayores representantes de la Inteligencia y el Espíritu. En Ingenieros, los jóvenes encontraban, al mismo tiempo, un ejemplo intelectual y un ejemplo moral. Ingenieros supo ser, además de un hombre de ciencia, un hombre de su tiempo. No se contentó con ser un catedrático ilustre; quiso ser un maestro. Esto es lo que hace más respetable y admirable su figura.

La ciencia, las letras, están aún, en el mundo, demasiado domesticadas por el poder. El sabio, el profesor, muestran generalmente, sobre todo en su vejez, un alma burocrática. Los honores, los títulos, las medallas, los convierten en humildes funcionarios del orden establecido. Otros secretamente repudian y desdeñan sus instituciones; pero, en público, aceptan sin protesta la servidumbre que se les impone. La ciencia tiene como siempre un valor revolucionario; pero los hombres de ciencia no. Como hombres, como individuos, se conforman con adquirir un valor académico. Parece que en su trabajo científico a votan su energía. No les queda ya aptitud para concebir o sentir la necesidad de otras renovaciones, extrañas a su estudio y a su disciplina. El deseo de comodidad, en todo caso, opera de un modo demasiado enérgico sobre su conciencia. Y así se da el caso de que un sabio de la jerarquía de Ramón y Cajal deje explotar su nombre por los chambelanes de una monarquía decrepita. O de que Miguel Turró se incorpore en el séquito del general libertino que juega desde hace dos años en España el papel de dictador.

José Ingenieros pertenecía a la más pura categoría de intelectuales libres. Era un intelectual consciente de la función revolucionaria del pensamiento. Era, sobre todo, un hombre sensible a la emoción de su época. Para Ingenieros la ciencia no era todo. La ciencia, en su convicción, tenía la misión y el deber de servir al progreso social.

Ingenieros no se entregaba a la política. Seguía siendo un hombre de estudio, un hombre de cátedra. Pero no tenía por la política entendida como conflicto de ideas y de intereses sociales, el desdén absurdo que sienten o simulan otros intelectuales, demasiado pávidos para asumir la responsabilidad de una fe y hasta de una opinión. En su *Revista de Filosofía*, que ocupa el primer puesto entre las revistas de su clase de Iberoamérica, concedió un sitio especial al estudio de los hechos y las ideas de la crisis política contemporánea y, particularmente; a la explicación del fenómeno revolucionario.

La mayor prueba de la sensibilidad y la penetración históricas de Ingenieros me parece su actitud frente a la post-guerra. Ingenieros percibió que la guerra había una crisis que no se podía resolver con viejas recetas. Comprendió que la reconstrucción social no podía ser obra de la burguesía sino del proletariado. En un instante en que egregios y robustos hombres de ciencia no acertaban sí o no a balbucear su miedo y su incertidumbre, José Ingenieros acertó a ver y a hablar claro. Su libro *Los Nuevos Tiempos* es un documento que honra a la inteligencia ibero-americana.

En la revolución rusa, la mirada sagaz de Ingenieros vio, desde el primer momento, el principio de una transformación mundial. Pocas revistas de cultura han revelado un interés tan inteligente por el proceso de la revolución rusa como la revista de José Ingenieros y Aníbal Ponce. El estudio de Ingenieros sobre la obra de Lunatcharsky en el comisariato de educación pública de los Soviets, queda como uno de los primeros y más elevados estudios de la ciencia occidental respecto al valor y al sentido de esa obra.

Esa actitud mental de Ingenieros correspondía al estado de ánimo de la nueva generación. Presenta, por tanto, a Ingenieros, como un maestro con capacidad y ardimiento para sentir con la juventud, que, como dice Ortega y Gasset, si rara vez tiene razón en lo que niega, siempre tienen razón en lo que afirma. Ingenieros transformó en raciocinio lo que en la juventud era un sentimiento. Su juicio aclaró la conciencia de los jóvenes, ofreciendo una sólida base a su voluntad y a su anhelo de renovación.

La formación intelectual y espiritual de Ingenieros correspondía a una época que los "nuevos tiempos" venían, precisamente, a contradecir y rectificar en sus más fundamentales conceptos. Ingenieros, en el fondo, permanecía demasiado fiel al racionalismo y al criticismo de esa época de plenitud del orden demo-liberal. Ese racionalismo, ese criticismo, conducen generalmente al escepticismo. Son adversos al pathos de la revolución.

Pero Ingenieros comprendió, sin duda, su ocaso. Se dio cuenta, seguramente, de que en él envejecía una cultura. Y, consecuentemente, no desalentó nunca el impulso ni la fe de los jóvenes —llamados a crear una cultura nueva— con reflexiones escépticas. Por el contrario, los estimuló y fortaleció siempre con palabra enérgica. Como verdadero maestro, como altísimo guía, lo presentan y lo definen estos conceptos: "Entusiasta y osada ha de ser la juventud: sin entusiasmo no se sirven hermosos ideales, sin osadía no se acometen honrosas empresas: Un joven sin entusiasmo es un cadáver que anda; está muerto en vida, para sí mismo y para la sociedad. Por eso un entusiasta, expuesto a equivocarse, es preferible a un indeciso que no se equivoca nunca. El primero puede acertar; el segundo no podrá hacerlo jamás. La juventud termina cuando se apaga el entusiasmo... La inercia frente a la vida es cobardía. No basta en la vida pensar un ideal; hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización... El pensamiento vale por la acción social que permite desarrollar".

En torno de José Ingenieros y de su ideario se constituyó en la República Argentina el grupo Renovación que publica el **Boletín de ideas, libros y revistas** de este nombre, dirigido por Gabriel S. Moreau, y que sirve de órgano actualmente a la Unión Latinoamericana. Y, en general, el pensamiento de Ingenieros ha tenido una potente y extensa irradiación en toda la nueva generación hispanoamericana. La Unión Latinoamericana, que preside Alfredo Palacios, aparece, en gran parte, como una concepción de Ingenieros.

No revistemos melancólicamente la bibliografía del escritor que ha muerto para tejerle una corona con los títulos de sus libros. Dejemos este procedimiento a las notas necrológicas de quienes del valor de Ingenieros no tienen otra prueba que sus volúmenes. Más que los libros importa la significación y el espíritu del maestro.

José Carlos Mariátegui

[Publicado en **Variedades**, Lima, 7 de noviembre de 1925, reproducido en **Repertorio Americano**, tomo XII, n° 94, San José de Costa Rica, 25 de enero de 1926]